



EN EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE ORTEGA Y GASSET: EL EUROPEÍSMO DE ORTEGA Y EL PROCESO DE INTEGRACIÓN EUROPEA

Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid

«Los tuyos pueden descansar ociosos, pero
quien me siga siempre tendrá algo que hacer.»

Goethe

Presentación: Ortega y Gasset, de pionero a decano de la idea de Europa

Hoy en día está plenamente aceptado por todos el magisterio europeísta¹ de José Ortega y Gasset ejercido durante la época de entreguerras², en especial después de la aparición en 1930 en formato de libro de una de sus obras más trascendentales: *La rebelión de las masas*³. Admitido lo anterior, el fundamento del presente trabajo consiste en proclamar que dicho magisterio europeísta del pensador español (Fonck, 2004)⁴ no se agotó en aquel tiempo sino que, una vez superada la tragedia de la

¹Según el *Diccionario de la RAE* (*europeísta* es quien «simpatiza con Europa» y «partidario de la unidad» europea) y en consonancia con la interpretación avanzada por Moratinos (2003:17) defendemos que el “europeísmo” es un “conjunto de ideas, pensamientos y acciones realizados a lo largo de la historia por numerosos intelectuales y pensadores cuyo fin era la edificación de unas señas de civilización —identidad europea— y filosóficas —espíritu europeo— de carácter común europeo, así como elaborar a partir de esos rasgos comunes, una serie de realidades políticas, sociales, económicas y culturales que permitieran a los distintos pueblos europeos iniciar un proceso de integración supranacional, cuya culminación sería la formación de unos ‘Estados Unidos de Europa’ que superasen los distintos estados-nación que pueblan el territorio europeo”. En palabras del propio Ortega (1962:303), *europeísmo* es lo se refiere a «la colectividad de pueblos europeos».

²Denis de Rougemont (1990:325 y 386) destacó el compromiso de Ortega con la idea de Europa y sus aportaciones al europeísmo de entreguerras. Así, el pensador español ocupa un lugar distinguido al analizarse la Europa del momento —«La Europa en cuestión»—, enfrentada ante su extinción o, por el contrario, ante una nueva aurora, opción esta última claramente defendida por Ortega con su célebre apuesta por la llegada del «crepúsculo matutino». Al mismo tiempo, a la hora de resaltar los valores europeístas fundamentados en la «unidad en la diversidad», también se acude al pensamiento de Ortega sobre la unidad de Europa contenido en *La rebelión de las masas*.

³Como escribió José Luis Abellán (1991:216): «A pesar de ser una de sus obras más famosas, los lectores y críticos de *La rebelión de las masas* no han prestado suficiente atención al contenido europeísta de dicha obra. Quizá lo sorprendente del título y del argumento central mantenido en él, han hecho que el lector resbale por una de sus tesis principales: la del advenimiento de los “Estados Unidos de Europa”. El hecho de que aquellas páginas se escribiesen entre 1926 y 1928, hacen de Ortega un pionero en la actual construcción de la Europa unida (...)».

⁴ Ortega y Gasset, el filósofo, el pensador de Europa, fue considerado por Albert Camus como el más grande escritor europeo después de Nietzsche.

Segunda Guerra Mundial, volvió a reafirmarse en los años de la inmediata posguerra de la mano, sobre todo, de su *Meditación de Europa* de 1949. En efecto, si en las décadas de entreguerras Ortega aparecía como pionero de la idea de Europa, años después del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1953, podía ser reconocido con toda justicia —empleando las palabras del propio Ortega (1985:20)— como decano de la idea de Europa: «muy probablemente soy hoy, entre los vivientes —afirmaba el pensador español—, el decano de la idea de Europa».

Paneuropa y el compromiso europeísta de Ortega

Desde comienzos del siglo veinte las señas de identidad europeísta comenzaron a recuperarse y alcanzaron gran proyección después de terminada la Gran Guerra. Entre los defensores e impulsores de la idea de Europa en los años de entreguerras destacaron especialmente el aristócrata y conde austriaco Richard Coudenhove-Kalergi y el político francés Aristide Briand.

En plena época de entreguerras, en octubre de 1923, llegaba a las librerías el libro de Richard N. Coudenhove-Kalergi *Paneuropa* (Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, 2002:XI). Con su publicación pretendía su autor el renacimiento de la idea de Europa capaz de alentar la reconstrucción e integración del continente sobre la base de una nueva economía, una nueva política y una nueva sociedad, y también de posibilitar la creación de un gran movimiento como vanguardia del ideal europeísta: pero este movimiento sólo podría lograr sus propósitos si recibía el apoyo de los sectores más activos y comprometidos de la sociedad con la voluntad inquebrantable de hacer Europa para sentirla como patria común. Era necesario, por tanto, el apoyo permanente de la opinión pública, de los intelectuales, de la universidad, de los empresarios y de los sindicalistas y de los dirigentes políticos capaces de orientar a sus respectivos gobiernos hacia el proceso de integración paneuropea: la asociación pacífica, primero aduanera y económica y después política, de los «Estados Unidos de Europa». En este sentido, y según Henri Brugmans (1972), a partir de estos años el ideal europeísta alentó una «voluntad creadora de unión».

Fruto de estos afanes de Coudenhove-Kalergi, en 1924 veía la luz en Viena el «Manifiesto europeo», cuyo objetivo fundamental era la unificación del continente, y que fue elaborado para promocionar la «Unión Paneuropea» y para convencer a los ciudadanos de que el patriotismo y la fe en Europa comenzaba en el seno de cada Estado nacional, y que ambas realidades eran complementarias. El paso siguiente fue la convocatoria de un Congreso paneuropeo que se celebró en Viena del 3 al 6 de octubre de 1926. Acudieron a la cita más de dos mil participantes de 24 países que refrendaron los principios contenidos en *Paneuropa*. El éxito propagandístico del Congreso fue sobresaliente. Coudenhove-Kalergi supo atraer a grandes personalidades de la época que respaldaron su proyecto, y los medios de comunicación sirvieron de divulgadores de sus planteamientos en toda Europa. Fue un tiempo de fuerte impulso europeísta. En efecto, tres años después de la publicación de *Paneuropa*, Coudenhove-Kalergi contó con el apoyo más o menos formal de una parte impresionante de la elite cultural y universitaria europea: los

austriacos Stefan Zweig, Rainer Maria Rilke, Sigmund Freud y Arthur Schnitzler; los alemanes Albert Einstein, Hermann von Keyserling y Thomas Mann; la sueca Selma Lagerlöf; los españoles Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset; los italianos Guglielmo Ferrero y Benedetto Croce; los franceses Jules Romains; Paul Valéry y Paul Claudel (Muet, 1997:38).

En la segunda mitad de los años veinte, Aristide Briand, ministro de Asuntos Exteriores de la República Francesa y Presidente de Honor de la Unión Paneuropea, comenzó a madurar un plan de actuación que, auspiciado por la Sociedad de Naciones, impulsara definitivamente la unión europea para desterrar las divisiones y los enfrentamientos latentes que la Gran Guerra había potenciado hasta el extremo. El 5 de septiembre de 1929 presentó a la X Sesión Ordinaria de Asamblea Plenaria de la Sociedad de Naciones sus ideas sobre el plan de unidad europea en el marco de aquélla. Para impulsar su propuesta, y por encargo de los delegados europeos de la Sociedad de Naciones, redactó un *Memorándum* presentado ante XI Asamblea Plenaria de la Sociedad de Naciones, celebrada el 11 de septiembre de 1930, en el que se apuntaba explícitamente el objetivo de conseguir «un Mercado Común para elevar al máximo el nivel de bienestar humano sobre el conjunto de los territorios de la Comunidad Europea». El *Memorándum* de Briand pretendía salvaguardar el principio de *unión moral* y reafirmar la necesaria colaboración y solidaridad entre todas las naciones de Europa con el propósito de avanzar en una unión flexible que respetara la independencia y la soberanía nacional de cada Estado, pero que hiciera posible un primer vínculo económico de Europa.

Finalmente, la Asamblea de la Sociedad de Naciones autorizó la puesta en marcha de una «Comisión de Estudios para la Unión Europea», la cual debería perfilar más nítidamente los objetivos del *Memorándum* y emitir un informe definitivo sobre el proyecto de Asociación. La Comisión no cejó en sus empeños durante los meses siguientes, pero la muerte de Briand en 1932, y el cambio de situación política en Alemania con la llegada al poder del Partido Nacionalsocialista, frenó dicha iniciativa, y anunciaba, según Antonio Truyol, «el fin de una época que había conservado cierta ilusión» por la idea de Europa (1999:32). En ese proceso fatalmente truncado también participaron con gran relevancia los españoles Salvador de Madariaga (1980, entre otros) y, sobre todo, José Ortega y Gasset, quienes no dejaron de apostar por el necesario renacimiento de Europa fundamentado en su necesaria unidad.

La reivindicación europeísta de Ortega: de *La rebelión de las masas* a *Meditación de Europa*

Al mismo tiempo que entre 1929 y 1930 el político Briand impulsaba el movimiento paneuropeo de Coudenhove-Kalergi y promovía el proyecto de «asociación europea» en la Sociedad de Naciones, el pensador y filósofo Ortega y Gasset plasmaba su compromiso europeísta de primera hora en *La rebelión de las masas*⁵, complementado con las aportaciones de 1937 y 1938: el «Prólogo para

⁵Como bien ha resaltado Luis Alberto Moratinos (2003:70-72), dos años después de la publicación de *La rebelión de las masas*, en el momento culminante de la primera etapa del europeísmo de Ortega, Manuel García Morente, su discípulo y amigo, interpretó este compromiso del pensador español con la idea de la

franceses» y el «Epílogo para ingleses»⁶. Con su compromiso europeísta, Coudenhove-Kalergi, Briand y Ortega, como puntas de lanza del movimiento paneuropeo, quisieron hacer ver al europeo de entreguerras que tenía ante sí el gran reto de imaginar una organización política, económica y cultural que trascendía las viejas naciones angostas, obsoletas a través de la empresa en común de realizar los Estados Unidos de Europa, la unidad europea, y transformar a Europa en ideal nacional a través del principio de la unidad en la diversidad⁷. Así, como bien ha resaltado Juan Pablo Fusi (1991), en los años de entreguerras dentro del europeísmo «la voluntad más tenaz fue la del conde Coudenhove-Kalergi; la iniciativa más sólida, la del ministro Briand; y los argumentos más ambiciosos, los de Ortega».

A partir de *La rebelión de las masas*, la apuesta de Ortega sobre la unificación de Europa estaba lanzada y sus ideas permanecieron inalterables en el momento de volver a plantearlas en los años trágicos de la Segunda Guerra Mundial y en los inmediatamente posteriores al conflicto bélico, de manera especial en su célebre e importantísima conferencia *Meditación de Europa* de 1949. Ante una Europa perdida en la confusión del momento y en ruina tanto material como espiritual, Ortega se afanó por enseñarle el camino correcto para la recuperación del proyecto unitivo. Se trataba, como oportunamente ha señalado Harold C. Raley (1977:194-5), de «demostrar a los hombres que su cooperación en la empresa colectiva de vivir en unidad política, tiene objeto, dirección y significado», siempre que se dispongan a ello henchidos de fe y de moral.

Fue durante los años de la Segunda Guerra Mundial cuando importantes líderes políticos de la resistencia al nazismo y al fascismo e intelectuales destacados contrarios a todo tipo de totalitarismo —empezando por Ortega y Gasset— reafirmaron su apoyo a la idea de Europa, promoviendo toda una serie de iniciativas que lograron impulsar un gran movimiento de carácter europeísta en la inmediata posguerra y en años posteriores⁸. Esos movimientos de resistencia, aunque

unidad europea y contribuyó a su difusión por toda Europa en un Congreso de ciencias morales e históricas celebrado en Italia en 1932.

⁶En el «Prólogo para franceses» de 1937, Ortega no dejó de insistir en el principio de unidad en la diversidad como clave de la nueva Europa unida; además de resaltar lo europeo y nacional como vínculos intransferibles de la vida europea. Por otra parte, tanto en el «Prólogo...» ya citado como en el «Epílogo para ingleses» de 1938, Ortega tampoco dejó de ponderar los valores del liberalismo bien entendido como fundamento de la unidad de Europa y el mejor antídoto contra los totalitarismos imperantes, tanto el comunismo colectivista como el nacionalsocialismo etnicista.

⁷A este respecto, y según Javier Zamora Bonilla (2002:302), «la idea de Europa defendida por Ortega y el proyecto político que implicaba era original, aunque común a otros planteamientos similares que se estaban poniendo en marcha en Europa» en la década de 1920.

Para José María Beneyto (1999:129), el proceso histórico vivido en el Viejo Continente desde comienzos del siglo veinte, produjo «el cambio de la circunstancia europea» de Ortega hasta llegar a «la formulación de la idea de la unificación europea como vertebración del continente y como alternativa liberal frente a los totalitarismos en *La rebelión de las masas* (1930) y en *la Meditación de Europa* (1949)».

⁸En Italia destacaron, entre otros, Altiero Spinelli y Ernesto Rossi, fundadores de la revista *Unità Europea*, autores de una obra importante titulada *Por una Europa libre y unida* (conocida también como el «Manifiesto de Ventotene») y firmes defensores del federalismo, impulsando en 1943 desde Milán el «Movimiento Federalista Europeo». También en Francia, Henri Frenay promovió en 1944 el «Comité Francés para la Federación Europea». En Alemania, destacó el papel desempeñado por Eugen Kogon, quien impulsó la «Unión Europea de los Federalistas de Alemania», con la pretensión, que ya había sido

profundamente nacionales, también estaban convencidos de que lo importante era no caer en los mismos errores de 1919 a la hora de establecer los cauces para la reorganización y reconstrucción de Europa después de la guerra, y ello resultó decisivo en la articulación de un proyecto de integración alentado por los gobiernos europeos occidentales y la propia sociedad civil. Estos grupos de europeístas lograron lanzar en julio de 1944 en Ginebra el «Manifiesto de las Resistencias Europeas»⁹, posteriormente publicado en forma de libro con el título de *La Europa del mañana*. En esta obra se alentaba la unión federal de todos los pueblos de Europa como único medio para asegurar la paz universal, la civilización europea, la libertad, la democracia y hacer posible la reconstrucción común del viejo continente para garantizar la justicia social y el desarrollo estable y armonioso de sus pueblos.

Dentro de este proceso, el compromiso europeísta de Ortega, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, sobresalió con luz propia en el panorama europeísta. Para los estudiosos de la circunstancia europea de Ortega, el pensador español ocupaba con todo derecho un lugar preeminente entre los defensores de la idea de Europa en aquellas años críticos vividos entre la aparición de *La rebelión de las masas* y la conferencia sobre la *Meditación de Europa*. Para aquellos estudiosos, este último texto «representaba una perspectiva de futuro» (Uscatescu, 1979:82)¹⁰. Así, la trayectoria de Ortega antes y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, puso de manifiesto la importancia de Ortega como filósofo europeo y como pensador de la idea de Europa en los momentos aurorales de la segunda posguerra; estamos, como sostiene Javier Zamora Bonilla (2001:302), ante «una de las más claras referencias en todo el europeísmo posterior». En efecto, El pensador español no cejó en su intento de impulsar a partir de la segunda mitad del novecientos los valores y el estilo de vida de la civilización europea. En este sentido, José Lasaga Medina (2003:166) habla de otros filósofos y pensadores comparables a Ortega, como Thomas Mann o Bertrand Russell, pero matizando que Ortega «es un filósofo de Europa en otro sentido más importante. Probablemente haya sido el pensador que se ha ocupado de reflexionar más enérgicamente sobre el hecho de que más allá de la pluralidad de naciones con lenguas y sociedades distintas, que se habían enfrentado en una guerra absoluta, Europa era, además de

de Max Weber al terminar la Primera Guerra Mundial, de que Alemania contribuyera con su prestigio intelectual y su desarrollo socioeconómico a consolidar un nuevo proyecto para una Europa en paz y unida. (Pérez Sánchez, 2001a:46-50)

⁹En la ciudad suiza se reunieron delegaciones de nueve países: Francia, Alemania, Italia, Noruega, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia.

¹⁰En 1980, en el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Ortega y Gasset, Uscatescu (1985:357-60) escribió sobre Ortega y su *Meditación de Europa*, considerando dicha conferencia como un «impresionante documento» para la necesaria restauración de la idea de Europa. Casi una década después, en 1989, Jorge Uscatescu fue invitado a participar como ponente en un Curso de Verano en el Escorial con el título genérico de *Creadores de Europa*. En aquel marco incomparable, Uscatescu disertó sobre «Forjadores del espíritu europeo», incluyendo a Ortega —al «celtíbero de El Escorial»— entre los «creadores» de Europa. Como subrayó Uscatescu en su conferencia escorialense, «una nueva conciencia o autoconciencia de la nueva situación del espíritu europeo, resulta manifiesta en textos de resonancia aparecidos a finales de los años veinte y principios de la cuarta década del siglo, que son textos fundacionales [así, *La rebelión de las masas* y *Meditación de Europa*]».(1990:18).

un deseo, una realidad histórica con una dimensión cultural y otra política de la que partir para reconstruirse».

En este sentido, no debemos dejar de subrayar que ya durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial y una vez concluido el conflicto bélico, Ortega sobresalió de nuevo como defensor del proceso de unidad europea, la única apuesta vital que podía sacar a Europa del desencanto interior, restañando las heridas propias, y del ostracismo exterior para volver a contar en el concierto internacional. Así, en el momento de la inmediata posguerra, el mundo dividido en bloques de la «Guerra Fría» podría actuar «como catalizador de la unificación», proceso éste que terminaría con la «desmoralización del presente», incluso, como oportunamente señaló Raley (1977:196-7), «el resurgimiento de Europa —una Europa segura de sus metas, abierta al futuro y segura de sus creencias—» sería la respuesta adecuada al expansionismo del comunismo soviético. Estamos, en definitiva, ante la prueba del firme compromiso europeísta que siempre había mantenido el decano de la idea de Europa, fiel a su magisterio de pensador comprometido con la unidad europea¹¹.

De este modo, y como bien ha señalado José Lasaga Medina (2003:156), fue Europa «uno de los motivos de reflexión que más ocupó al Ortega de los últimos años. Fiel al imperativo de actualidad, que había presidido su obra, volvió a plantearse la exigencia de salvación de la circunstancia. Sólo que en este caso, en razón de los acontecimientos sufridos, la circunstancia no podía ya ser España, sino Europa». De este modo, el éxito del proceso de integración después de la Segunda Guerra Mundial se contraponía a la trágica situación que vivió Europa a partir de la década de 1930. Por ello, desde el inicio de la década de 1950, Ortega se lamentó amargamente de no haber sido escuchado y atendido cuando en la época de entreguerras lanzó el mensaje integrador.

Consideración final: a modo de epílogo para europeos de nuestro tiempo

El hito europeísta protagonizado por Ortega en 1949 con su conferencia *Meditación de Europa* debe sumarse con toda justicia a otros cuatro, tradicionalmente establecidos y aceptados como impulsores del proceso de integración europea puesto en marcha después de la Segunda Guerra Mundial¹². El primer momento en este impulso lo encontramos en Churchill y su apelación a los «Estados Unidos de Europa». La marcha hacia la unidad europea encontró un primer y fundamental punto de apoyo en el discurso pronunciado por Winston Churchill en la Universidad de Zurich, el 19 de septiembre de 1946, en el que volvió

¹¹Como ha señalado Juan Pablo Fusi (2003:259), a partir de la *Meditación de Europa* de Ortega de 1949, «el deseo de definir lo que Europa había significado en la historia —y lo que debía seguir significando—, la búsqueda de una teoría de Europa que diese sentido y contenido filosófico-cultural a la unidad económica y política, fue paralela a la construcción de las instituciones europeas».

¹²Por tanto, al estudiar la idea de Europa y su influencia en la puesta en marcha del proceso de integración dirigido por la generación política de 1950, debemos hacerlo en función de los cinco hitos siguientes, por orden cronológico: (1) el recordatorio de Churchill para poner en marcha los «Estados Unidos de Europa»; (2) El Programa de Recuperación Económica Europea o «Plan Marshall»; (3) la Conferencia de La Haya o «Congreso de Europa»; la conferencia berlinesa de Ortega: *Meditación de Europa*, y (5) la «Declaración Schuman».

a insistir sobre cuestiones que ya había planteado en plena guerra y abogó por avanzar de forma firme y decidida en la construcción de «una especie de Estados Unidos de Europa». El segundo momento vino de la mano del Programa de Recuperación Económica de Europa o «Plan Marshall». Ante la dramática situación socioeconómica que se vivía en Europa, el Secretario de Estado, el general Georges Marshall, presentó a la opinión pública dicho plan en su célebre discurso en la Universidad de Harvard el 5 de junio de 1947. El congreso europeísta de La Haya, celebrado del 7 al 10 de mayo de 1948, proporcionó el tercer punto de apoyo. Organizada por el «Comité Internacional de Coordinación de los Movimientos para la Unidad de Europa», en las conclusiones finales se destacó la necesidad de que todas las naciones del Viejo Continente impulsaran la creación de «una unión económica y política para garantizar la seguridad y el progreso social» de los pueblos; esta Conferencia impulsó la creación del «Consejo de Europa», fundado el 5 de mayo de 1949. El tradicional cuarto punto (a partir de ahora el quinto al incorporar a Ortega y su *Meditación de Europa*) era la Declaración Schuman de 9 de mayo de 1950. El empeño europeísta de Robert Schuman, secundado en estos afanes por Jean Monnet, acordaba la puesta en común de las producciones de carbón y acero, empezó a fraguar por Francia y Alemania y contó rápidamente con la adhesión de Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia, que un año después constituían la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA).

Así, quedaron sellados los lazos existentes entre las ideas europeístas de Ortega y los postulados comunitarios que protagonizó la denominada «generación política» de 1950, con Robert Schuman y Jean Monnet al frente (Pérez Sánchez, 2001b:20-2). De este modo, los padres de la Europa unida hicieron suya aquella divisa vital —seguramente del gusto de Ortega— de «superar lo heredado, integrándolo de manera renovada» (Beneyto, 1999:127)

Referencias bibliográficas

- Abellán, José Luis (1991): “La crisis contemporánea: de la Gran Guerra a la Guerra civil española (1914-1939)”, en *Historia crítica del pensamiento español*, Tomo V (III):, Madrid, Espasa-Calpe.
- Beneyto, José María (1999): *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus.
- Brugmans, Henri (1972): *La idea de Europa, 1920-1970*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito.
- Fonck, Béatrice (2004): «Un penseur de l'Europe: José Ortega y Gasset», en *Transversalités —Revue de l'Institut Catholique de Paris—*, 89, Janvier-Mars.
- Fusi, Juan Pablo (1991): “La crisis de la conciencia europea», en Cabrera, M. Juliá, S. y Martín Aceña, P (Comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- Fusi, Juan Pablo (2003): *La patria lejana: el nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus,
- Lasaga Medina, José (2003): *José Ortega y Gasset (1883-1955). Vida y filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Madariaga, Salvador de (1980): *Carácter y destino en Europa*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo (2002): “Estudios Preliminar”, en Coudenhove-Kalergi, R.N.: *PanEuropa*, Madrid, Tecnos.
- Moratinos Lagartos, Luis Alberto (2003): *José Ortega y Gasset: el europeísmo de un pensador español*, Universidad de Valladolid, septiembre, mimeo.
- Muet, Yannick (1997): *Le début européen dans l'entre-deux-guerres*, Paris, Economica.

- Ortega y Gasset, José (1962) «Meditación de Europa», *Obras Completas*, Tomo IX, Madrid, Revista de Occidente, p. 303.
- Ortega y Gasset, José (1985): *Europa y la idea de nación*. (Y otros ensayos sobre los problemas del hombre contemporáneo), Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- Pérez Sánchez, Guillermo (2001): «La Europa Comunitaria, año cero: la puesta en marcha del proceso de integración», en VV.AA.: *50 años de la Unión Europea. Reflexiones desde la Universidad*, Oviedo, Septem Ediciones.
- Pérez Sánchez, Guillermo Á. (2001): «El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad», en Martín de la Guardia, R. y Pérez Sánchez G. (coords.): *Historia de la integración europea*, Barcelona, Ariel.
- Raley, Harold C. (1977): *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*, Madrid, Revista de Occidente.
- Rougemont, Denis de (1990): *Vingt-huit siècles d'Europe. La conscience européenne à travers les textes. D'Hésiode à nos jours*, Paris, Ed. Christian de Bartillat.
- Truyol, Antonio (1999): *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. I. Génesis y desarrollo de la comunidad Europea (1951-1979)*, Madrid, Tecnos.
- Uscatescu, Jorge (1979): *Ortega y Gasset, personalidad europea attuale*, Bolzano, IIEE.
- Uscatescu, Jorge (1985): 'Ortega y Europa', en *La otra cara de la libertad*, Madrid, Forja, 1985,
- Uscatescu, Jorge (1990): 'Forjadores del espíritu europeo', Conferencia pronunciada en el curso de verano del Escorial *Creadores de Europa*, Universidad Complutense, Madrid.
- Zamora Bonilla, Javier (2002): *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza-Janés.